

Apuntes de la asignatura Historia y Pensamiento

Por Pablo Sanahuja Ferrer

5. La Alta Edad Media

5.1-El contexto histórico: Los reinos germánicos

En el amplio espacio mediterráneo anteriormente ocupado por Roma, después de estos grandes e importantísimos movimientos de población, surgieron una serie de reinos con una sólida instalación en sus respectivas áreas de influencia. Unos reinos que, por su singularidad histórica, pasamos brevemente a describir. En África, el Reino Vándalo fue, ante todo, un Estado guerrero. Dotado de un gran germanismo y de un arrianismo militante, a los aristócratas romanos aquí se les confiscaron sus tierras, y hubo una gran diferenciación entre vencedores y vencidos. El rey vándalo Genserico y sus piratas atacaron constantemente todas las costas de Grecia, saquearon Roma en 455, y ocuparon una parte importante de Sicilia; creando un importante imperio marítimo que privó a Roma de sus grandes mercados de cereales y favoreció el aislamiento hispánico. Pero los vándalos se encontraron con muchos problemas. Para empezar, la prohibición de los matrimonios mixtos impidió que se vertebrara la sociedad de un Estado verdaderamente fuerte. Como también el que no se ocuparan más que de las zonas del litoral, dejando amplios espacios de acción para las tribus autóctonas en el interior, que llegaron a derrotar en 520 a Hilderico. Pero, sobre todo, fue el Ejército bizantino, al mando de Belisario, quien acabaría con este poder de estos pueblos germánicos en el norte de África.

Por lo que se refiere al reino ostrogodo en Italia, en 476 d.C. el jefe de los hérulos, Odoacro, había depuesto al último emperador romano de Occidente, Rómulo Augusto, remitiendo, más simbólicamente que otra cosa, las insignias imperiales a Oriente. Pero su poder, que llegó a ser tan fuerte como para ocupar toda la llanura del norte entre Rávena y Milán, fue barrido por Teodorico, rey de los ostrogodos, en 489 d.C., que lo derrotó y lo hizo asesinar en 493 d.C. Al contrario que los vándalos, los ostrogodos combinaron en su reino el equilibrio entre las tradiciones imperiales romanas y las bárbaras. Educado en Constantinopla y conocedor del inmenso caudal de la civilización clásica, Teodorico conservó las leyes romanas, y consiguió ganarse a la clase senatorial y a los grandes dignatarios, a los que mantuvo en sus cargos. De hecho, dedicó a las funciones civiles a los italo-romanos, mientras que mantuvo en los puestos militares a los godos. Preocupado

por el buen gobierno del pueblo, se interesó también Teodorico por los bárbaros que habían quedado en Germania, así como por fortalecer los lazos (por vía de matrimonio, incluso) de los grandes pueblos vecinos, como los francos, los visigodos (a los que protegió frente a los anteriores entre 511 y 526 d.C.), e incluso los vándalos. Parece ser que tenía una cierta idea de hegemonía goda en Europa occidental. Su política, una vez que constató los recelos que traía su arrianismo y la desconfianza del emperador de Oriente, había sido realizar una especie de confederación de los pueblos godos, para contrarrestar la fuerza del Imperio oriental. Llevó para ello a cabo una intensa estrategia ma-trimonial y dinástica, y él mismo se casó con una hermana de Clodoveo. Pero no logró dar a su reino una estabilidad duradera en Italia. En los años finales del reinado, esa posición intermedia entre lo romano y lo godo le llevaría a la enemistad con ambos sectores, tanto en el exterior como en el interior de su reino, lo que le condujo, en última instancia, a un autoritarismo extremo y poco fructífero. Pero su fracaso fue también debido a otras causas. El expansionismo de los francos tuvo mucho que ver, así como el hecho de que su muerte provocó un difícil problema sucesorio que fue utilizado como pretexto para la intervención de las tropas griegas de Justiniano en 536 d.C. No obstante, la oposición armada por parte de los ostrogodos (que llegaron a echar de menos los buenos tiempos de Teodorico) fue enorme, y estalló una cruenta guerra que duró hasta 554 d.C., y que hizo que la península italiana quedara definitivamente arruinada y fragmentada. Algo a lo que contribuyeron también los lombardos, los bizantinos y los francos.

En cuanto a los visigodos, el pueblo más romanizado de cuantos habían entrado en el espacio del Imperio, se habían establecido, después de saquear Roma en 410 d.C., como hemos visto, en Aquitania. Bajo Eurico (466-484 d.C.) tuvieron un cierto brillo y una evidente expansión, ya que conquistaron casi toda Hispania, Provenza y Auvernia. Pero, en 507 d.C., los francos de Clodoveo vencieron a Alarico II en Vouillé, y los visigodos supervivientes tuvieron que ir a Hispania.

Aquí, en España, el reino de los visigodos fue original y de un gran esplendor, con una integración social y territorial bastante notable. Se van a permitir los matrimonios mixtos, entre hispanos y germanos, aspirando también a un único sistema administrativo y judicial. Toledo, va a sustituir, con el tiempo, a Tolosa como capital del reino visigodo. Para ello se tuvo que luchar con varios pueblos aquí establecidos, como los suevos, que habían mantenido prolongadamente un reino independiente en Galicia. Pero también contra los vascos, y bizantinos, a los que, después de su seria invasión de 551 d.C., fue preciso expulsar de las costas de levantinas y meridionales. En busca de una seguridad

territorial, material y física lo suficientemente duradera, se llevó a cabo, entonces, una gran unificación política con el brillante reinado de Leovigildo (568-586 d.C.). Y eso a pesar de los problemas de rebelión que tendría con su hijo, Hermenegildo, convertido al catolicismo y sublevado en el sur, pero que fue finalmente derrotado y, seguramente, mandado asesinar por su progenitor. Hubo también otros grandes problemas, como la oposición religiosa entre godos arrianos y católicos hispano-romanos; hasta que Recaredo (586-601 d.C.) se convirtió al catolicismo, y, desde entonces, los reyes visigodos encontraron en la Iglesia un buen apoyo. Los sucesivos concilios de Toledo se constituirán en verdaderas asambleas del reino. Más tarde, en 654 d.C., con Recesvinto, se consiguió la importante unificación del derecho con el famoso *Liber Iudiciorum*. Ahora bien, a pesar del espíritu de fusión con la sociedad hispano-romana (lo que llevó a que este reino tuviera una gran peculiaridad nacional, con Isidoro de Sevilla como su principal representante), el peligro de inestabilidad siempre estuvo ahí. El ansia de poder de los grandes guerreros visigodos, especialmente, de la aristocracia goda siempre se manifestó en las luchas por el poder, lo que constituía la primera amenaza del Estado visigodo. De hecho, por algunas decisiones de su gobierno y el problema sucesorio de Witiza, las pasiones por el trono llevaron a uno de los poderosos bandos aristocráticos a pedir ayuda a los ejércitos musulmanes de Tarik apostados en las frontales costas africanas. Y ello ante la generalizada y desquiciante apatía de la población hispano-goda-romana, lo que facilitó la invasión, inmediatamente después de los musulmanes, y la conquista por éstos de casi la totalidad de la Península. Con todo ello se demostraría, como se hará también en otros muchos momentos de la Historia, la importancia, para la estabilidad y seguridad de las sociedades, de los mecanismos de sucesión de poder aceptados mayoritariamente por todos. La monarquía hereditaria tenía en esto gran terreno ganado para implantarse y ofrecer, de esta manera, algunas dosis de seguridad. No así la llamada monarquía electiva gótica, amén de otros sistemas parecidos a lo largo de la Historia; como el caso del gran Imperio Mogol en la India.

Como una especie de contrapartida a esta evolución, los reinos germánicos del norte de Europa van a desligarse, de forma mucho más clara, de la cultura y tradición romanas. No obstante, por lo que se refiere a los francos, Clodoveo no abandonó por completo las costumbres políticas romanas. Se había convertido al catolicismo a finales del siglo v, consolidando con ello la alianza con la aristocracia galorromana, y recibiendo después el apoyo moral del Papado y de Bizancio, sobre todo contra los arrianos; con la esperanza, también, de restaurar la unidad imperial. Estableció su capital en París y, como rey

absoluto y conquistador, privilegió claramente el poder de "su" nobleza cortesana. Sus sucesores (los llamados reyes merovingios, por creer descender de Meroveo, un antepasado legendario) continuaron con el carácter esencialmente bárbaro del reino. Se lanzaron a grandes y numerosas conquistas hacia el Este, y, hacia mediados del siglo VI, su poder era hegemónico en el mundo bárbaro de Occidente. No obstante, los conflictos familiares fueron constantes, así como las guerras civiles que entrañaron síntomas claros de que el poder franco estaba bastante compartimentado. Prueba de ello fueron las sucesivas divisiones y reunificaciones que se dieron en los dos siglos siguientes, así como la permanente división territorial del reino en tres grandes regiones: Austrasia (la más germanizada), Neustria, y Borgoña. La casta palaciega y la de los jefes militares (duques) fue entonces acaparando cada vez más poder. Después de varios reinados conflictivos, los mayordomos de palacio se opusieron a las pretensiones de los grandes nobles, y su poder se fue consolidando a partir de mediados del siglo VII, especialmente en Austrasia, teniendo entre sus competencias el importante nombramiento de obispos. En este contexto, a principios de la centuria siguiente, Pipino de Heristal tuvo el poder suficiente, después de sangrientas guerras, como para aglutinar toda la autoridad y fundar una nueva dinastía, la de los carolingios, que veremos más tarde.

En cuanto al Reino Lombardo de Italia, durante mucho tiempo estos pueblos fuertemente germánicos impusieron la ley militar de los conquistadores, aniquilando a la aristocracia romana, confiscando sus tierras y sometiendo a toda clase de vejaciones a la población romana. El Estado lombardo reunía además etnias muy diversas. Desde el rey Alboíno, que fue quien irrumpió por primera vez en el valle del Po a mediados del siglo VI, hasta el mejor de los gobernantes lombardos, Liutprando, ferviente católico, que había ascendido al trono en 712 d.C., y sus sucesores, parecía que este pueblo iba a ser quien unificara de nuevo Italia. Entre otras cosas, porque habían reducido al mínimo la presencia de los bizantinos. Pero se tuvo que enfrentar con los inmensos obstáculos de su propia organización política descentralizada (con unos duques con gran poder individual), así como con el poder paralelo y creciente de los papas, con Gregorio Magno y sus sucesores a la cabeza, que se auparon como uno de los primeros poderes peninsulares, y llegaron a pedir apoyo a los francos. De esta forma, en 750, el Estado lombardo cedería ante el empuje de estos últimos, aunque permanecieron fuera del nuevo poder, y con un carácter autónomo, las zonas centrales (gobernadas por varios duques) y el sur (por jefes insurrectos).

Por último, en Gran Bretaña la conquista había tenido, como hemos visto, una gran diversidad de pueblos (con un tronco étnico común) que fueron protagonistas de grandes migraciones, con un fin posterior de colonización del suelo. Esto, unido a la complejidad del periodo por las escasas fuentes fidedignas que conservamos de él (los autores del continente, por ejemplo, apenas sabían algo de lo que estaba ocurriendo allí), hacen que sea una etapa de las invasiones difícil de explicar. El rey -jefe guerrero de una sola tribu- fue rodeándose de una especie de nobleza militar. A partir del siglo VI, las diferentes tribus se fueron reuniendo, y llegaron a formar reinos poderosos, con un jefe supremo. La Historiografía tradicional habla de siete reinos históricos, la llamada, heptarquía anglosajona, que se fue fraguando entre mediados del siglo VI y finales del siguiente. Se fundaron, pues, grandes confederaciones, con un bretwalda o jefe de Bretaña a la cabeza, que se enfrentaban en continuas luchas entre regiones vecinas para intentar unificar el país. Hoy en día se tiende a pensar que esta jefatura general se consiguió por la hegemonía en los diversos momentos de alguno de estos pueblos sobre los demás. Como por ejemplo, Northumbria en el siglo VII, y Mercia en la centuria siguiente, con evidentes esfuerzos en este último caso (en una tendencia paralela al poder carolingio de aquel entonces en Francia) para la consecución de un solo país bajo una misma dinastía. A esto contribuyó de forma importante la expansión, con afán misionero, del cristianismo (hasta entonces, siempre había sido una región poco cristianizada), propulsado por Roma desde comienzos del siglo VII, con los irlandeses herederos de la tradición de san Patricio, por un lado, y los enviados del papa por otro.

5.1.1- Gregorio de Tours (538-594)

Nacido en Riom (Clermont, Francia) y perteneciente a una familia galorromana de rango senatorial que, sirviendo a los reyes merovingios, controlaba las sedes episcopales de Lyon, Arlés y Tours, de la cual él llegaría a ser obispo con 34 años. Sirvió fielmente a los reyes de Austrasia en el contexto de las luchas internas que desgarraron el reino y es considerado como el primer historiador francés.

Su principal obra histórica, *Historia Francorum* (originalmente, *Decem Libri Historiarum*) se concibe como una historia eclesiástica, siguiendo los cánones de la escatología cristiana, aunque a partir del cuarto libro se centra en el pueblo de los francos, sus monarcas merovingios y sus guerras internas. La historiografía francesa ha presentado esta obra como la primera historia nacional de Francia, y por ello a Gregorio como el

primer historiador francés, aunque actualmente los estudiosos del tema tienden a destacar su carácter más romano y eclesiástico que franco y nacional.

A lo largo de su discurso, Gregorio cita a diversas fuentes e incluso reproduce fragmentos de las mismas para dotar de veracidad a su obra, aunque ha sido puesta en entredicho por ciertos autores debido a que ignora premeditadamente algunos sucesos al estar implicado en la política del momento. También comete errores cronológicos, sobre todo en lo relativo a los primeros reinados merovingios. En todo caso, fue una obra ampliamente extendida en el Medioevo, con una gran influencia en la conformación del género cronístico, y una de las pocas fuentes para conocer ese período.

5.1.2- San Isidoro de Sevilla (560-636)

Procedente de una familia de Cartago de elevado rango social e incluso emparentado con la nobleza visigoda, San Isidoro, obispo de Sevilla, es considerado como el último gran autor de la Antigüedad y quizás el de mayor erudición. Su influencia fue enorme, tanto en lo intelectual como en lo religioso y lo político, siendo decisivo en la conversión de los visigodos al catolicismo.

De entre su prolífica obra hay que destacar aquella en que plasmó su afán enciclopédico con el propósito de salvar el conocimiento de la Antigüedad, las *Etimologías*. Esta obra nos interesa por cuanto realiza una primera definición de la Historia, considerando que etimológicamente significa “ver o conocer” frente a la versión de Heródoto que sostenía que significaba “investigar”. A partir de su definición, considera que los escritores antiguos sólo escribían sobre aquello que habían visto y por ello consideraba a Moisés como el primer historiador. San Isidoro concibe la Historia como herramienta de aprendizaje para el momento presente, o sea, sigue la línea marcada desde la Antigüedad de la “Historia, maestra de vida”.

Eso sí, su principal obra histórica es la *Historia de regibus Gothorum, Vandalorum et Suevorum*, concebida como una historia “nacional” que ensalza la “mater Spania” (mediante un “Laus Spanie”). La obra estudia los principales pueblos bárbaros que se asentaron en la Península Ibérica, abarcando una cronología extensa, entre el 265 y el 624, pero el auténtico protagonista es el pueblo godo, al cual ensalza con un “Laus Gothorum”, y el propósito de la obra es defender la identidad de una España goda unificada, siguiendo así a Juan de Biclario. La trascendencia de la obra fue enorme, no sólo para el conocimiento del pasado, sino también como base para la conformación de la identidad nacional hispánica y como expresión de los proyectos de continuidad de la

Antigüedad a través de los godos y con la Cristiandad como vehículo. Hay que indicar que el sistema de datación que emplea es el de la Era Hispánica.

5.1.3- Beda el Venerable (672-735)

Beda el Venerable fue un monje benedictino del convento de Saint Peter de Monkwearmouth. Apenas tenemos noticias sobre su vida, mas es patente su erudición y su influencia sobre todo en dos innovaciones que tendrían una amplia trascendencia que alcanza nuestros días. Su primera obra historiográfica, aunque no propiamente histórica, *De Temporum Ratione*, estudia la cronología y la cosmología para establecer un sistema cronológico apto a las necesidades historiográficas. Se introduce así la primera de las innovaciones a las que hacíamos referencia, la adopción de la cronología a partir del nacimiento de Cristo y la división de la Era Cristiana en “Antes de Cristo” y “Después de Cristo”.

Su principal obra histórica es la *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*, que incluye la historia eclesiástica y política de Inglaterra desde César hasta el año 731. Destaca por el uso de numerosas fuentes, tanto documentales como orales, sobre las cuales aplica la crítica, cita las referencias y se esfuerza por descubrir el origen de las fuentes. Es por esto que se introduce la segunda innovación, la nota al pie de página. Su obra se caracteriza por la rigurosidad, una característica que le definió como autor y llevó hasta el extremo de consultar numerosos ejemplares de la Vulgata de San Jerónimo para su reedición, conformando un volumen que la Iglesia católica seguiría empleando hasta 1966. También se le atribuye una traducción de la Biblia al inglés antiguo que, por desgracia, no se ha conservado.

Al igual que en el caso de Gregorio de Tours, la obra de Beda ha sido considerada inauguradora de la historia nacional inglesa y a él se le ha dado incluso el título de “Padre de la Historia Inglesa”.

5.2-El contexto histórico: El imperio carolingio

Lo primero que llama la atención del Gobierno de Carlomagno. también llamado, Carlos I el Grande (747, o, según algunas fuentes 748, a 814), es su extensión y centralización. Aparentemente, las difíciles tendencias hacia la unidad (recobrando, con

ello, la idea de Imperio Romano) cuajaron en la Europa Occidental en este Imperio Carolingio, produciéndose así la llamada *Traslatio Imperii*; es decir, el paso del Imperio de manos romanas a manos germanas. Desde luego, el momento de la coronación de Carlomagno en Roma, en la Navidad del 800, por León III, tuvo muchísima importancia, tanto efectiva, como, sobre todo, moral. El gran intelectual de la época, Alcuino de York, se encargó de convencer a Carlomagno de que, en ese momento, era el sostén más importante de la cristiandad, y que, por tanto, su título debería ser mayor al de rey. Su alta dignidad deparaba también una cierta autoridad moral, que descansaba en la mítica idea de la restauración del Imperio Romano. Si bien, para el germánico Carlos, el Imperio era, en resumidas cuentas, más que cualquier abstracción política, un aumento de sus territorios. Sus actos de gobierno, como vamos a ver, demuestran que, en su cabeza, prevalecía esto último a la resurrección de viejas glorias imperiales latinas.

Los pipinos o carolingios eran una familia aristocrática de la región de Austrasia, que dirigían la política franca desde la posición de mayordomos de los reyes merovingios. Pipino de Herístal, quien fue el primero en unificar los reinos francos, y su hijo bastardo Carlos Martel ya se habían distinguido muy claramente en la política franca. Especialmente este último, en la derrota de los musulmanes que habían llegado hasta Poitiers en 732. Aquí comenzaría el reflujó de este gran poder que había conquistado España, y estaba amenazando Europa entera. Carlos Martel había luchado también con energía contra los demás enemigos, externos e internos, del territorio franco; de tal forma que, a su muerte (741), sus dominios formaban ya un sólido bloque político. Su hijo, Pipino el Breve, continuó estabilizando sus dominios, y llegó a usurpar el poder y proclamarse rey de los francos. Así, sustituiría al último monarca -nominal- de la familia de los merovingios, Childerico III (a estos monarcas se les denominó como los “reyes holgazanes”). Contó para ello, con el apoyo moral de Roma, que veía en los francos un sólido baluarte para su independencia del poder de Oriente, y frente al poder de los lombardos. Otras ayudas importantes vinieron de los magnates del reino, y del propio san Bonifacio, que legitimó el poder de Pipino por la consagración.

Pipino fue el primer rey carolingio que hizo del Papado una potencia política, y luchó por su independencia contra los lombardos, que intentaban unificar Italia. Su hijo Carlomagno seguiría sus huellas también en este sentido, aunque no quería un Papado demasiado potente que se inmiscuyera en funciones que ya estaba ostentando el propio soberano, incluso en el ámbito de lo religioso. Ni tampoco el Papado quería un emperador todopoderoso que no encontrara ningún freno a su poder en toda Europa, y que no

reconociera que tal poder le venía de Dios. Así, Pipino, tras dos expediciones a Italia (755-756), formó el Estado Pontificio constituido por Roma, Romaña y otros territorios conquistados por los lombardos, convirtiéndose más tarde su hijo Carlomagno en "rey de los lombardos".

Carlomagno era también un jefe militar con gran energía y mucho carisma, que supo aprovechar muy bien la superioridad tecnológica y de efectivos del ejército franco. Entre estas ventajas hay que destacar, especialmente, el buen uso de la caballería, con un elemento nuevo que hoy nos puede parecer primitivo, pero que se reveló como fundamental: el estribo. Asimismo, fue importante el empleo de la brunia, que era una especie de túnica de cuero cubierta con escamas metálicas, y que convertía el cuerpo del guerrero en casi inexpugnable, como se demostraría en sus campañas contra sajones, lombardos, musulmanes hispánicos, y, más adelante, ávaros. Aunque hay que tener también en cuenta que las acciones militares y anexiones de Carlomagno, más que gestas heroicas (como ha repetido un tanto exageradamente la Historiografía tradicional al uso, especialmente la francesa) responden mejor al esquema de estabilización de una obra ya comenzada y desarrollada por su abuelo y padre, quienes lucharon contra los mismos enemigos. En todo caso, lo que tenía bien claro Carlomagno, una vez que murió su hermano Carlomán (en quien su padre, siguiendo la costumbre franca, había dejado una parte del Imperio, que ahora pasaba al gran Carlos), era que la guerra daba continuidad al Imperio. Se había convertido en una especie de necesidad (más que un plan sistemático) que era el fundamento esencial de su poder. Gracias al botín y al tributo de los sometidos, se podía mantener abastecida la cámara real, y asegurar el apoyo de los magnates. Esto era tan característico de la idiosincrasia de esta forma de dominación, que, precisamente, la ausencia de guerra (cuando no salían las huestes en primavera) era lo que los cronistas anotaban como hecho llamativo. No obstante, el Ejército, alma de la expansión territorial y garante de la estabilidad y seguridad, se hizo fuerte a partir del sistema de la concesión, bien por el soberano o bien por un magnate, de un beneficio materializado en un pedazo de tierra que recibía un vasallo, a cambio de acudir al servicio de las armas. Esto permitía una importante movilidad social a través de los hechos guerreros, aunque también tenía el inconveniente de que este tipo de servicios, en vez de públicos, pudieran convertirse en privados (bajo el interés de un gran señor); como se demostraría a la postre.

Poco después de convertirse en rey de los lombardos, Carlomagno añadiría al Imperio Venecia e Istria. La zona más difícil de someter era Sajonia, empresa en la que empleó más de veinte años. Con el tiempo, deportó a los sajones más rebeldes, y repobló

el valle del Elba con francos y eslavos, a los que encomendó vigilar la expansión de los daneses hacia el Sur. Así, Sajonia se adaptó rápidamente al Estado franco y junto con Francia, Burgundia, y la región alemana se formó el núcleo del Imperio. Igual suerte corrieron las regiones de Frisia y Baviera. En este último caso se culminó una especie de guerra santa contra los ávaros (796), a los que se arrebató un tesoro que necesitó quince carros de bueyes para ser transportado. En el sur, pese al fracaso de Roncesvalles (778) (parece ser que, después de muchas vueltas sobre el asunto, a manos de montañeses vascos), Carlomagno se estableció más allá de los Pirineos orientales, llegando a ocupar Barcelona en 801, y creando la célebre e importante Marca Hispánica. En Aquitania, por otro lado, había sabido crear un Estado subordinado a los francos, cuyo monarca sería su hijo Luis el Piadoso. Tras las conquistas, que acabaron aproximadamente en 805, el Imperio de Carlomagno se extendía desde el Llobregat hasta el Elba, y desde el Mar del Norte hasta el sur de Italia. Territorios diversos sobre los que se quiso dar un cemento de cohesión basado en la *res-publica christiana*. Después de aquel año, la preocupación de Carlomagno fue eminentemente defensiva, dedicándose, sobre todo, a perfeccionar las marcas.

A grandes rasgos, el Imperio Carolingio era un organismo estatal fuerte en su núcleo, pero que se iba debilitando en su periferia, por lo que era necesario crear zonas de protección militar en torno al Imperio: estas mencionadas marcas. Las más importantes, fueron la ya aludida Marca Hispánica, la Marca Panónica, la Marca Soraba y la Marca de Bretaña. Por otro lado, la dignidad imperial se va a plasmar en un plano teórico más que práctico. A parte de la poca conciencia de la dignidad imperial al estilo romano de Carlomagno, en realidad, esta idea trajo más problemas de los que parecían indicar las representaciones culturales de la época. Su gobierno, políticamente, se encontraba demasiado vinculado a los intereses del Papado; a la par que, esta misma situación, lo había enemistado con Bizancio; cosa que, por otra parte, alimentaría el camino del cisma. Ciertamente no faltaron quienes querían ver en Carlomagno al representante "puro" de la ortodoxia romana, apoyándose en que, en Occidente, no se habían dado las graves luchas religiosas de Oriente, y que, al fin y al cabo, quien gobernaba en Oriente era una mujer (Irene); por lo que podía considerar incluso vacante esa sede oriental. Pero la prueba de ese desencanto hacia la antigua idea imperial será el sentimiento de decadencia en la última época de la vida de Carlomagno, y la posterior y rápida desintegración del Imperio.

La corta duración del Imperio Carolingio se debió, una vez más como puede suponerse, a varios factores. Siempre se ha dicho que los más señalados eran su excesiva extensión, el incremento del poder de la nobleza, el descenso de las rentas reales, y la propia herencia que percibían los hijos del patrimonio paterno, que trajo consigo la división del reino. Es verdad que, en 813, Carlomagno transmitió el Imperio a Luis, aunque lo hizo después de haber muerto sus otros dos hijos, y de que se fuera al traste su proyectada sucesión a partir de la repartición entre ellos del Imperio: una prueba más de la ilusoria idea imperial. Como hemos visto, era Luis ya rey de Aquitania, y ahora accedería al trono bajo el nombre de Luis I el Piadoso (o también, Luduvico Pío), y no se preocupó en continuar las conquistas de su padre, sino en organizar la defensa del Imperio, reformar la Iglesia, e impulsar las misiones. Intentó ordenar su sucesión y preservar la unidad del Imperio con la *Ordinatio Imperii* (ordenanza del Imperio), en la que nombraba un único emperador, su hijo Lotario, pero con sus otros dos hijos y su sobrino al mando de sus respectivos reinos pese a estar sometidos a él. Así, todos los dominios imperiales quedarían divididos entre Pipino (le dio Aquitania), Luis (Baviera), Lotario (Francia) y Carlos, hijo de su segundo matrimonio, para el que creó el Reino de Alemania, lo que provocó la rebelión de los hijos de su primer matrimonio. Una vez más se demostraba que los momentos de inestabilidad que entrañaban determinados mecanismos sucesorios, daban lugar, en las luchas incesantes por el poder (y, si se piensa, con el objetivo último de preservar la seguridad física y material de los respectivos combatientes), a la tensión y la guerra.

A la muerte de Pipino (838), Carlos el Calvo heredó Aquitania, y se alió con Luis el Germánico para derrotar a Lotario. Lo consiguieron (batalla de Fontenoy, 841), pero llegaron a un acuerdo en 843 sobre la desmembración del Imperio. Por este conocido tratado de Verdún, que dividía el Imperio en tres partes aproximadamente iguales, Lotario conservaba el título de emperador, aunque solo gobernaba en Italia y en el centro de Europa. A Carlos el Calvo le correspondieron las tierras de la parte occidental del imperio franco, de habla romance, mientras que a Luis el Germánico las de habla alemana, al este del Rin. Los historiadores han reivindicado tradicionalmente que, si bien esto suponía, de hecho, la disolución del Imperio (por mucho que nominalmente hubiera un emperador), también llevaba consigo un primer esbozo de las líneas de la futura Europa. Pero esto es algo que depende mucho de los puntos de vista con los que se aborde la cuestión. Y, sobre todo, de la idea que se tenga de Europa. Interprete el lector, con los elementos de juicio que exponemos en estas páginas, lo que crea conveniente.

El tratado de Verdún, legalizó la extinción del Imperio Carolingio, y, en principio, no pretendía la instalación, en su lugar, de una serie de naciones-Estado nacientes. No obstante, las fuerzas internas de cada parte crecieron considerablemente, especialmente en las filas de la aristocracia (cuyos miembros querían recuperar el poder perdido con la división), por lo que hubo una serie de fuerzas centrífugas que consolidaron y aumentaron la división. De hecho, en 877, por la capitular de Quierzy, se reconocía jurídicamente (en la práctica se venía realizando desde hacía varios decenios) el derecho de los hijos de los condes a recibir toda la herencia y los beneficios de su padre (al monarca no volverían los privilegios ya otorgados), con lo que se daba un paso más para el establecimiento de la sociedad feudal.

***El renacimiento carolingio**

Quizás uno de los principales argumentos en pro de la “romanidad” del Imperio carolingio sea el enorme esfuerzo desarrollado en pro de recuperar el nivel intelectual de la Antigüedad, aunque con unos mimbres cristianos. Se trató de un proceso complejo con diferentes políticas y diversos autores implicados (obispos, ciudades, etc.), por lo que nos centraremos en su cúspide, el llamado “renacimiento carolingio”. Este renacimiento tiene dos facetas, la material y la intelectual. La primera se basó en la copia y reproducción de las obras heredadas de la Antigüedad y su correcto almacenamiento y conservación. Su base fueron los “scriptoria” de los monasterios europeos, sus artífices los monjes y su importancia descomunal para la civilización europea. El idioma empleado, por supuesto, fue el latín, y para su clara escrituración se generó un nuevo tipo de letra, la carolina (de la cual se deriva la actual “Times New Roman”).

En la segunda faceta, la intelectual, el poder imperial fue protagonista al ser el encargado de reunir a intelectuales de toda Europa en el ámbito de la “Escuela Palatina” (ámbito no físico situado en la corte carolingia). Estos intelectuales se suelen clasificar en tres generaciones. La primera fue denominada de los “pedagogos”, porque su principal preocupación fue la recuperación de la enseñanza básica romana, el trívium y el cuadrivium. Entre sus miembros hay que destacar a Alcuino de York (británico que fue el mayor intelectual de su época), el lombardo Paulo Diácono y el hispano Teodulfo de Orleans. La segunda generación, desarrollada durante el reinado de Luis el Piadoso, es la de los “historiadores”, así llamados porque participaron en la elaboración de tratados sobre ciencia política derivada del conocimiento histórico. Fueron los que más incentivaron la copia de manuscritos e insistieron en diversas reformas eclesiásticas y

monásticas. Entre ellos hay que destacar a Eginardo, Jonás de Orleans, Agobardo de Lyon y Nitardo.

Por último, la tercera generación, la de los “teólogos” fue la de mayor importancia puesto que en buena medida es producto de este proceso. Por un lado, desarrollaron la teoría política con el propósito de fundamentar la superioridad de la Iglesia sobre el Imperio, y por el otro, elevaron la reflexión teológica a una mayor complejidad gracias a la introducción de ideas y principios del neoplatonismo, especialmente en las cuestiones de la Predestinación y la Eucaristía. Entre ellos destacaron Hincmar de Reims, Walafrido Estrabon, Rabano Mauro, Juan Escoto Erígena.

5.2.1- Eginardo (770-840)

Procedente de una familia alemana y educado en el importante monasterio de Fulda, su carrera política se inicia cuando con 22 años se traslada a la Escuela Palatina de Aquisgrán, donde es posible que llegara a dirigir la Academia allí presente. Allí entabló amistad con Ludovico Pío y fue introducido en la Corte carolingia, donde desempeñó importantes cargos. Esta experiencia le dotó de los conocimientos necesarios para la redacción de su principal obra: *Vita Karoli Magni*, que más que una biografía de Carlomagno era una exaltación póstuma, mas no por ello huye del realismo.

El modelo que Eginardo sigue en esta obra es el de *Las vidas de los Doce Césares*, de Suetonio, y su gran originalidad es que trata algunos de los aspectos más íntimos de la vida de Carlomagno, siendo el mejor ejemplo el de los intentos por aprender a leer y escribir de Carlomagno, quien guardaba bajo su almohada unas tablillas y una pluma para practicar antes de dormir. Sus descripciones destacan por los numerosos detalles que incluyen, muchos de ellos propios de la cotidianeidad. La obra de Eginardo, a pesar de su carácter exaltador, ha sido considerada como verídica y fiable en su contenido, pues no excluye la crítica (por ejemplo, dice de Carlomagno que su letra era tosca como la de un niño). De ella procede la mayor parte de nuestro conocimiento sobre Carlomagno.